



gananciosos á los que á él se dedicaban; las guerras no pesaban sobre los habitantes, pues se hacían á menudo por mercenarios y no turbaban el sosiego de la capital; la justicia se administraba con rapidez é igualdad, hiriendo también al noble quizá más rigurosamente; las clientelas atraían al rico el afecto del pobre; y las frecuentes fiestas divertían á todos.

La capital contaba en 1650 doscientos cincuenta mil habitantes, cuyo número se aumentó en 1680 una cuarta parte más; las rentas del Estado ascendían á 3.859.060 sequíes, y los gastos á 2.898.000; este millon excedente se depositaba en una caja inviolable, para atender á los casos extraordinarios que la malevolencia ó la ambición sabían suscitar á menudo. En la guerra de Chipre, el Erario se había encontrado en pérdida; y como se creyese que la culpa era de los Diez, se formó una conspiración, y no obtuvieron votos para la junta, que en consecuencia quedó abolida, 1583. Se confió el manejo de los caudales públicos á magistrados dependientes del Senado, y se quitó á los Diez las atribuciones relativas á cuentas, así como también las legislativas y políticas, dejándolos reducidos á constituir un tribunal supremo para los delitos de Estado, y ordinario para juzgar á los nobles.

Este Tribunal hacia pesar sobre el país su misterioso poder: las denuncias y los procedimientos secretos, desterraban aquella seguridad del inocente que es la más preciosa de todas las propiedades. Se habían organizado partidas de espías para ponerse á escuchar en las puertas de las casas, indagar los pasos y servir del instrumento á las pasiones. Notaron que, entre otros, el senador Antonio Foscarini iba en secreto á casa del embajador de Francia, lo cual en un noble era un crimen de pena capital.

Prendióse pues, y declaró que se dirigía allí por la noche y disfrazado para acudir á la cita de una dama, cuyo nombre no le permitía el honor descubrir. Fué, sin embargo ahorcado, y al poco tiempo se supo que había declarado la verdad. Este hecho disminuyó el crédito que los Diez habían recobrado por el vigor que mostraron en las cuestiones con Roma.

Reinier Zeno acusó al dux Juan Cornaro de que violaba la ley fundamental de 1473, dejando vestir el traje de cardenal á su hijo; y habiendo sido nombrado presidente del consejo de los Diez, le amonestó. Cornaro contestó: se empeñaron en la cuestión, y resultaron de aquí dos partidos llamados de los Cornaristas y de los Zenistas, representando los últimos á los hombres de dinero y á los ciudadanos deseosos de cortar los vuelos á la aristocracia por medio de la autoridad de los Diez. Se eligieron cinco correctores de las leyes para revisar las de la república, mostrando cuantos delitos se dejaban impunes, de suerte, que se cometían más homicidios en un año en el Veneto que en toda Italia. Las arbitrariedades usadas entonces por los Diez los deshonraron; tanto, que en la elección de 1628 ninguno obtuvo votos suficientes, y el tribunal iba á quedar abolido. Pero el pueblo empezó á alarmarse, pues veía en él una salvaguardia contra las exorbitancias de los nobles; por otra parte, los mismos patricios lo sostuvieron, prefiriendo esto á verse confundidos con la plebe en los tribunales ordinarios; en consecuencia, fué reelegido aquel tribunal, si bien se le prohibió entrometerse en las leyes del Gran consejo, amplificarlas ó restringirlas; tampoco se le confirió ya inspección sobre los magistrados, ni facultad de perdonar á bandidos; de este modo entró en la clase de dependiente.

Hemos hablado ántes de una con controversia ruidosa con el papa, en que Venecia, pareciendo representar las opiniones protestantes, se ponía en mayor oposición con la católica España. Susurrábase que buscaba y concedía su apoyo á los católicos, que andaba en tratos con Holanda, y que enviaba dinero y municiones á los reformados en la guerra de los Treinta años; por lo cual decía al embajador español; *Aut Roma, aut Carthago delenda est.*

Se llamaban uscocos, que en el idioma ilirico significa fugitivos, los rayas que, sustrayéndose del poder de los turcos, de la Croacia, de la Albania y de la Dalmacia, se habían refugiado en las costas más inaccesibles. Muchos que acogió un señor húngaro de Clissa, fortaleza que domina á Spalatro, hacían desde allí

CAPÍTULO XXI

Venecia.

Animaban á Venecia pensamientos muy distintos. Habíanse pasado sus hermosos días, y ya no era formidable en lo exterior, como cuando resistió á la liga de Cambray; sin embargo, hacíaase aún respetar en Oriente. Había estipulado con Soliman I el libre comercio, y asimismo tener en Constantinopla un bailío trienal, pagando de tributo 10.000 ducados al año por Chipre, y 500 por Zante. Cuando vió que no podía contar con el auxilio de los cristianos, renovó el tratado de paz con los turcos, cediendo á Chipre y otros lugares, y haciendo ascender á 1.500 ducados el tributo que pagaba por Zante, al paso que desembolsando 8.000, redimió el concerniente á Candía, á cuya isla pasó Jacobo Foscarini, revestido de autoridad dictatorial, y promulgó allí leyes.

Pero mientras debía estar en guardia contra la Turquía, no podía fiarse del Austria, la cual, deseosa siempre de poner en comunicación directa sus posesiones eslavas con las italianas, la estrechaba por todas partes y amenazaba su existencia. Reducida, pues, á atender á su conservación, viviendo del comercio y de la política, dirigía su prudencia á mantener el equilibrio, especialmente en Italia. Por lo mismo se oponía á todo engrandecimiento de España, y ésta á su vez la odiaba de corazón, mayormente desde que la vió unirse á Enrique IV, que pidió ser inscrito en el libro de Oro, donde figuraron sus descendientes hasta que los borró con su propia mano el fugitivo

Luis XVIII, cuando la espirante república no se atrevió á concederle hospitalidad.

Como si hasta la naturaleza conspirase con los hombres, una tormenta espantosa hizo pedazos en 1613 cuantas naves se encontraban en los puertos del Mediterráneo; mas á pesar de esto, á pesar de la desventaja que le resultó de haber cambiado de rumbo el comercio, Venecia era aún poderosa en los mares. Cuando Enrique III visitó aquel territorio y se le dieron las fiestas cuya memoria todavía dura, en el sólo día que empleó en observar el arsenal, se hizo, armó, botó al mar y equipó una galera; y los dos primeros buques que el czar Pedro tuvo en el mar Negro, fueron construidos en Venecia, adonde envió sesenta oficiales jóvenes para que se instruyesen.

Venecia conservaba á los países en que ejercía dominios sus privilegios y estatutos y el tribunal de los Diez castigaba cualquiera violación de los mismos. Enviaba á ellos corregidores y capitanes; el podestá presidía el consejo de los nobles, que representaban á las ciudades, al paso que los representantes del territorio eran presididos por un capitán. Así las ciudades como los territorios tenían nuncios y patrocinadores en Venecia, y acostumbraban elegir un patrono entre los nobles. El pueblo vivía en Venecia contento; la señoría procuraba que reinase siempre la abundancia, y la industria estaba floreciente; el comercio con países distantes se veía protegido, dejando complacidos y



incurSIONES contra los otomanos, hasta que se les arrojó de aquella guarida. Segna (Zengh) situada dentro del Golfo de Quarnero, entre escollos inaccesibles á los buques de alto bordo, era pretendida por los húngaros, y amenazada por los turcos: creyó, pues, el emperador, excelente medio para conservar aquella plaza, instalar en ella á los uscocos. No podían vivir allí sino como corsarios; hicieron muy hábiles en navegar entre aquellos islotes y bancos de arena, y no contentos con apresar los bajeles turcos, pronto persiguieron también á los cristianos. Aumentándose su número con los italianos y austriacos que deseaban ejercitar su valor ó continuar sus desafueros, saquearon las ciudades de Dalmacia, y burlaban la persecucion de los buques armados para destruirlos. Los turcos dirigian amenazadoras quejas á Venecia, y Venecia lo hacia al emperador, que mandaba á ahorcar á alguno de cuando en cuando; pero los uscocos sabian proporcionarse la impunidad enviando regalos á Viena. Añádase á esto, que al emperador no le agradaba hacia mucho tiempo la arrogancia de los venecianos que pretendian convertir el Adriático en propiedad suya, y reservarse los transportes con exclusion de todos los demas, mientras él sostenia que aquel mar debía ser libre para todos los que habitaban en sus costas.

Cansada la Puerta de quejarse en vano, declaró la guerra al Austria, que se dejó ayudar por aquellos foragidos, y que, protegiéndoles abiertamente, aumentó la audacia de sus devastaciones. La guerra se empeñó de una manera atroz, y hubo bárbaras rivalidades de suplicios, encontrándose cada persona reducida á defenderse y hacerse justicia á sí misma, Venecia, que carecia ya de seguridad en la navegacion, viéndose atacada por la Puerta, entró en el Friul austriaco, sitió á Gradisca, destruyó en la costa algunas aldeas guaridas de piratas, y se unió á las Provincias Unidas y al duque de Monferrato. Entonces don Pedro de Toledo, gobernador del Milanésado, ocupó á Vercelli; el duque de Osuna adelantó sus galeras por el Adriático; y glorioso con haberse apoderado de algunos buques venecianos, tomó por divisa el caballo con estas palabras: *Victo-*

rioso en el mar y en la tierra. La paz de Paris concluyó las hostilidades mediante la restitucion de algunas ciudades cogidas al Austria que reprimió entonces á los uscocos. Hubiera debido restituir tambien las presas hechas y pagar una fuerte indemnizacion; pero de dia en dia dilataba su devolucion, quejándose de que don Pedro de Toledo y el duque de Osuna se negaban á entregar á Vercelli y las galeras capturadas y á licenciar sus tropas.

De improviso el consejo de los Diez mandó prender y dar muerte á algunos extrajeros. El pueblo, ignorando el motivo de tal determinacion, en la oscuridad de aquellos misteriosos procedimientos, repitió que se habia preso y muerto á centenares de personas; que se habia descubierto una conjuracion, cuyo objeto era pegar fuego á Venecia y destruir la república; que muchos nobles estaban complicados en ella; y como Alfonso de la Cueva, marqués de Bedmar y embajador de España saliese en aquellos dias de la ciudad, se presumió seria el autor de la trama. Conjeturas dudosas, tanto más, cuanto que continuaron con España las relaciones de amistad, y el gobierno no publicó ningun dato; limitándose á mandar que se tributasen gracias á Dios por la salvacion de la república.

Los historiadores adoptaron relaciones puramente imaginarias, especialmente el abate de Saint-Real, escritor tan agradable como infiel, que compuso una pequeña novela, cual fué la suposicion de que el duque de Osuna habia tramado aniquilar á Venecia, incendiarla, degollar al dux y á los senadores y ocupar la tierra firme. Para esto, segun él, estaba en relaciones con muchos franceses, con don Pedro de Toledo, con Bedmar, hallándose todo á punto de estallar cuando la casualidad ó la traicion lo puso de manifiesto. No ha sido posible á los criticos sucesivos ilustrar positivamente los hechos, atendido el secreto de que se rodeaba aquella república; sin embargo, parece indudable que se fraguaba una conspiracion por algunos soldados mercenarios, licenciados en Francia al concluirse las guerras civiles, y que habian entrado al servicio de Venecia, principalmente por un tal Jacobo Pier-



re, natural de Normandía, hombre de accion y corsario en extremo práctico, el cual, para adquirir partidarios, prometió el apoyo de la España; el proyecto, no obstante, fué descubierto en su origen, y castigado con la muerte de un corto número de personas.

Pero ¿encontrábase la España complicada realmente en aquel asunto? Repetiremos que los gobiernos de entonces oian y ayudaban á todo el que trataba de perjudicar á sus enemi-

gos, y parece probado que no era simple jactancia de los conjurados el apoyo con que contaban por parte de aquella nacion. Hemos visto al duque de Osuna buscar todos los medios de causar daño á Venecia, y usar de efugios para eludir la paz, dando más bien á entender que queria arruinar pronto aquella república; pero no nos atrevemos á asegurar que fué de la manera que se ha supuesto.

La historia de Venecia, desde su fundacion hasta el presente, es un cuadro de la vida civil y política de una república que, durante siglos, mantuvo su independencia y libertad en medio de las rivalidades de las potencias europeas. Su gobierno, basado en el principio de la igualdad de todos los ciudadanos, fue una muestra de sabiduría y equidad. Sin embargo, su declive comenzó en el siglo XVIII, cuando las potencias europeas comenzaron a intervenir en sus asuntos internos. La guerra de los Siete Años (1756-1763) marcó el comienzo de su decadencia, y la guerra de independencia (1797) terminó con su caída. Su legado, sin embargo, sigue siendo un ejemplo de la resistencia y la libertad.

La historia de Venecia, desde su fundacion hasta el presente, es un cuadro de la vida civil y política de una república que, durante siglos, mantuvo su independencia y libertad en medio de las rivalidades de las potencias europeas. Su gobierno, basado en el principio de la igualdad de todos los ciudadanos, fue una muestra de sabiduría y equidad. Sin embargo, su declive comenzó en el siglo XVIII, cuando las potencias europeas comenzaron a intervenir en sus asuntos internos. La guerra de los Siete Años (1756-1763) marcó el comienzo de su decadencia, y la guerra de independencia (1797) terminó con su caída. Su legado, sin embargo, sigue siendo un ejemplo de la resistencia y la libertad.